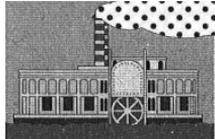


EL BARCO



DE VAPOR

# La fuerza de la gacela

Carmen Vázquez-Vigo

Premio Lazarillo 1973

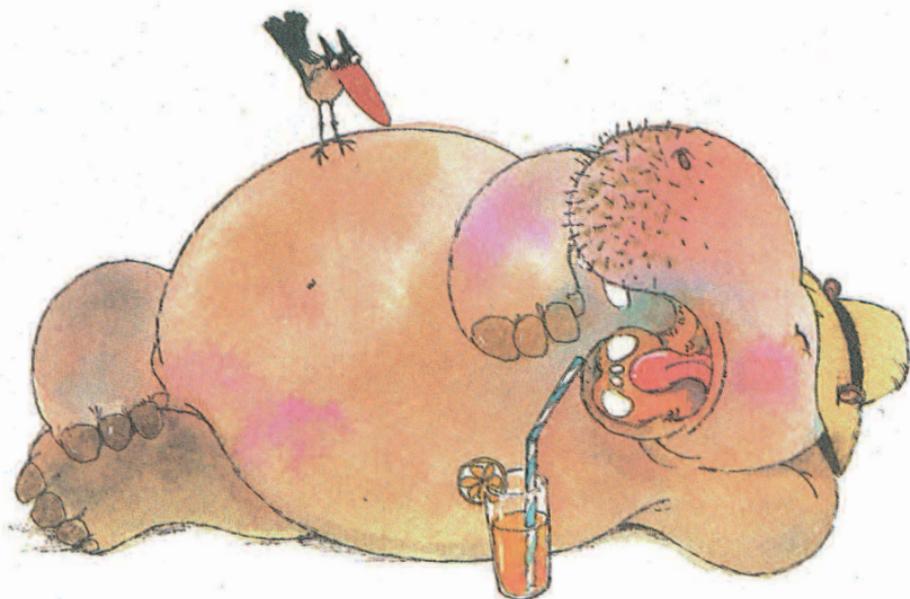
Premio Nacional de Literatura Infantil 1992

Ilustraciones de Jesús Gabán

EN la selva de Congolandia  
todos los animales,  
grandes y pequeños,  
vivían en paz.

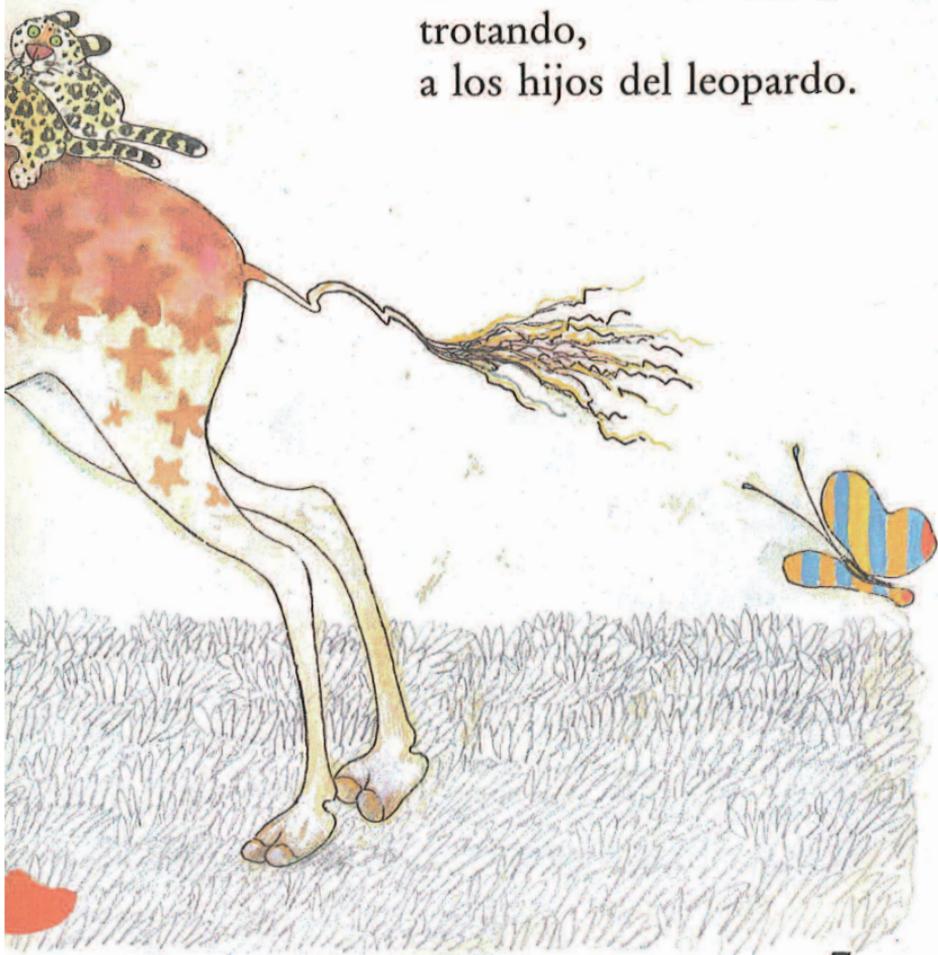
La serpiente, por jugar,  
se enroscaba  
en la gorda pata  
del elefante.

El hipopótamo tomaba el sol  
panza arriba  
soltando unos bostezos  
que hacían temblar la tierra.





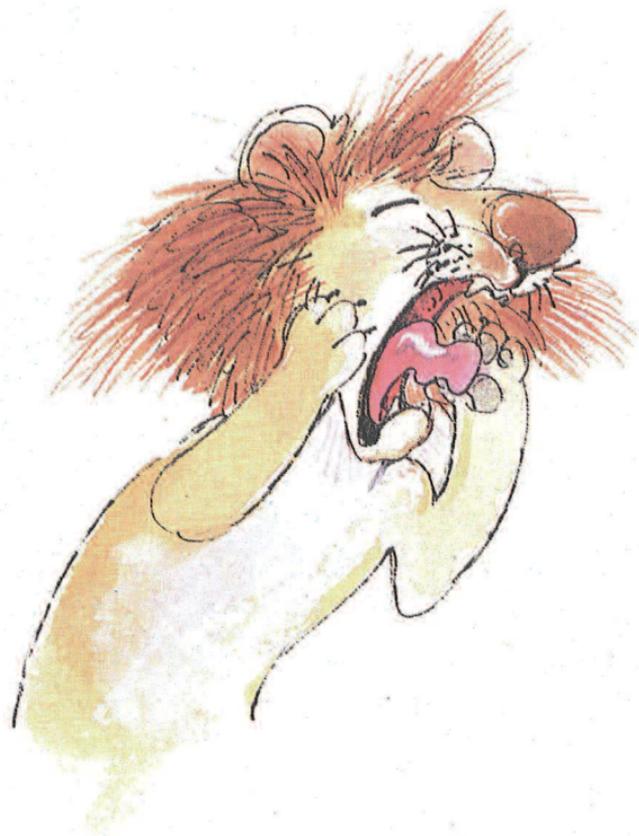
Los osos bailaban  
al son de una música  
que sólo ellos oían.  
La jirafa  
llevaba sobre su lomo,  
trotando,  
a los hijos del leopardo.



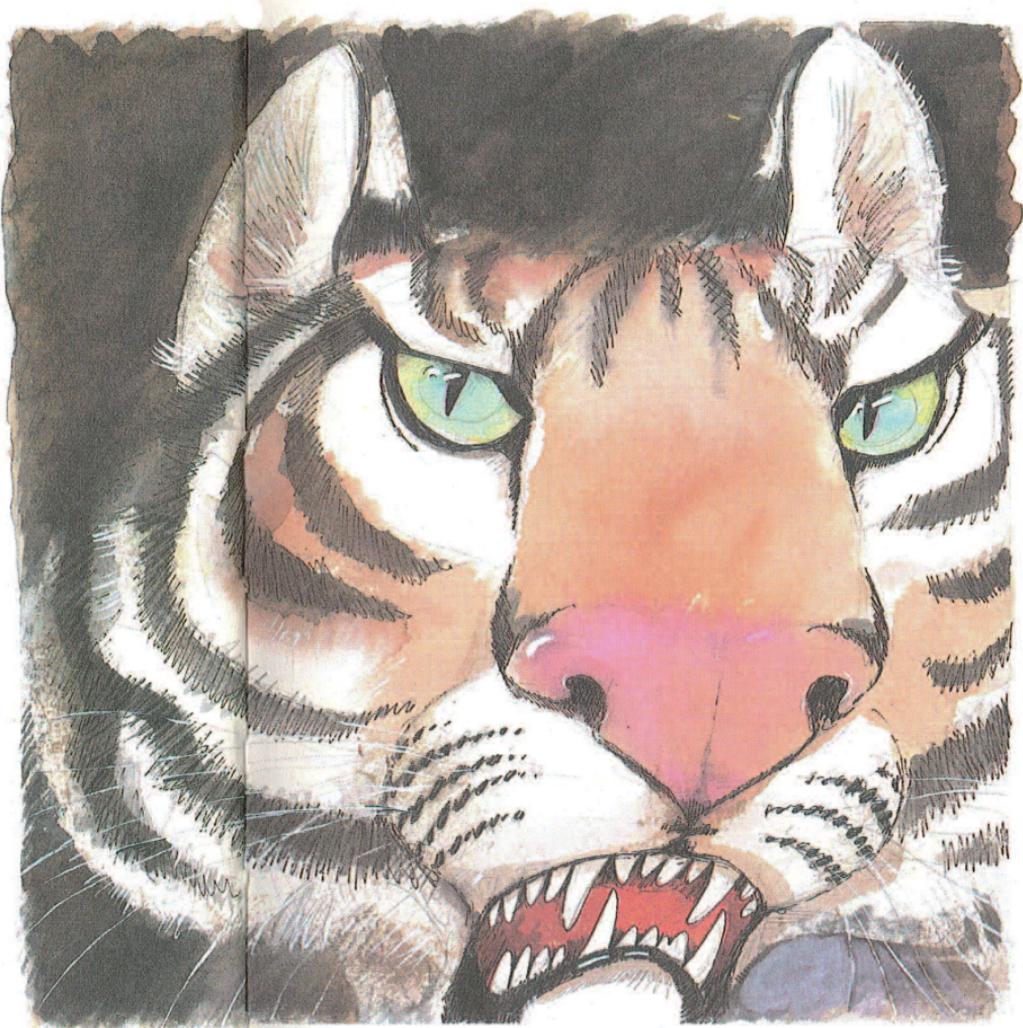


Tenían un rey,  
León I,  
muy viejo.  
Y, como casi todos los viejos,  
sabio.  
No se enfadaba  
ni cuando su hijo Leoncín  
se negaba  
a tomar clase de rugidos  
porque decía  
que era aburridísimo.

El joven león,  
en vez de rugir,  
se ponía a imitar  
el grito de Tarzán,  
que andaba por ahí  
de rama en rama  
con sus monos detrás.



Pero un día  
se acabó la tranquilidad.  
Un tigre  
venido de lejanas tierras  
estaba sembrando el terror  
entre los súbditos de León I.  
No dejaba cebra,  
jabalí o conejo  
con vida.  
De ese modo,  
los demás animales carnívoros  
de la selva  
se quedaban sin comer.  
Los cachorros  
ya no podían salir  
de sus casas  
para jugar y correr  
a sus anchas,  
por miedo a que los cazara.  
A una hija del elefante  
estuvo a punto  
de echarle la garra encima



y la pobre se llevó tal susto  
que se quedó muda.  
A partir de ese momento  
no pudo barritar  
ni poco ni mucho.



(Esta cosa tan rara, barritar,  
es lo que hacen los elefantes  
para expresarse,  
siempre y cuando  
no se hayan quedado mudos  
como la desdichada elefantita.)

